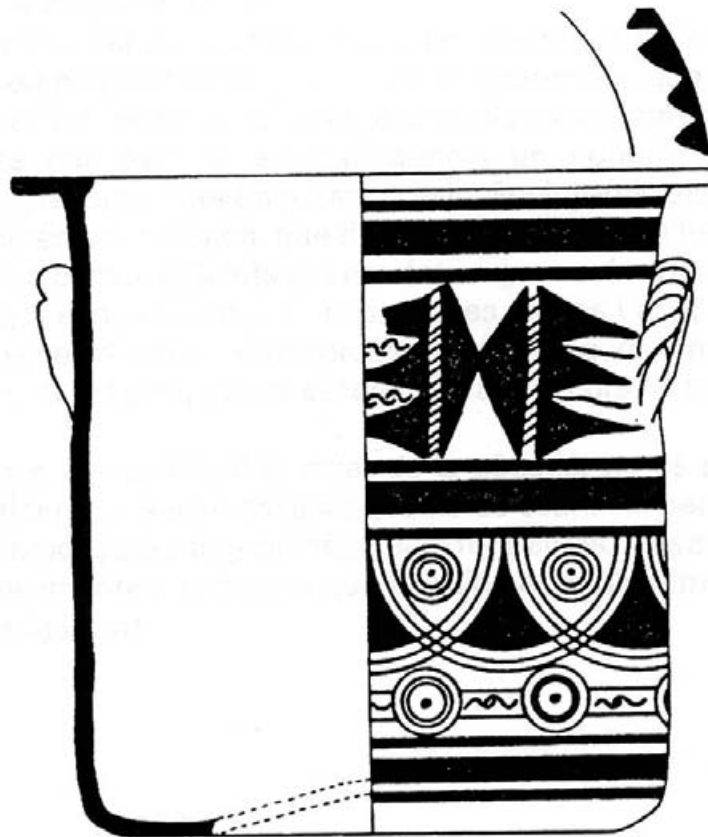


Abascal, J.M., La cerámica pintada de tradición indígena en las áreas ibéricas de la Hispania romana, en *Les ceràmiques de tècnica ibèrica a la Catalunya romana (segles II a.C.-I d.C.)*, Ed. Societat Catalana d'Arqueologia, Barcelona 1992, pp. 91-96.

DOSSIER

**LES CERÀMIQUES DE TÈCNICA IBÈRICA
A LA CATALUNYA ROMANA**
(segles II a.C.-I d.C.)



Societat Catalana d'Arqueologia
Barcelona, 1992

ÍNDIX

Presentació	1
Dades per a la sistematització de la ceràmica ibèrica pintada: El kalathos, un exemple tardà. M. JOSEP CONDE I BERDÓS	2
Les ceràmiques fines locals (o indígenes) del nord-est de Catalunya a època baix-republicana (darreries del segle III a.C-principis del segle I d.C.). JOSEP M. NOLLA I JOSEP CASAS	11
La ceràmica ibèrica en els contextos republicans de la Laietània litoral. JOAQUIM GARCÍA I ROSELLÓ	21
Les ceràmiques del període ibèric tardà al Penedés. JOAN SANMARTÍ	32
La producció de la ceràmica ibèrica del taller de Fontscaldes (Valls, Alt Camp). ÀNGEL LAFUENTE I REVUELTO	47
Elements per a una sistematització de les ceràmiques ibèriques pintades a les terres de Lleida (s. I a.C.-I d.C.). IGNASI GARCÉS	78
La cerámica pintada de tradición indígena en las áreas ibéricas de la Hispania romana. JUAN MANUEL ABASCAL PALAZÓN	91

La cerámica pintada de tradición indígena en las áreas ibéricas de la Hispania romana

JUAN MANUEL ABASCAL PALAZÓN
Universidad de Alicante

Artesanado y etnias

Desde hace algo más de una veintena de años, la sospecha sobre la existencia de cerámicas pintadas de tradición indígena en época romana se ha convertido en una realidad. Datos de excavaciones recientes, revisión de contextos antiguos, nuevas sistematizaciones, etc. han contribuido a mostrar un nuevo panorama en el que incluso disponemos de tipologías y de variantes regionales.

Hoy sabemos que estas manifestaciones son comunes a casi todas las regiones de la Península Ibérica, aunque la fecha de incorporación a la órbita romana de cada uno de los territorios ha repercutido de distinta manera en el mantenimiento de esas tradiciones o en la fuerza con que ellas se muestran.

Si conocemos las religiones prerromanas gracias a la irrupción del latín en los ambientes indígenas peninsulares, también gracias a la vitalidad del comercio cerámico romano disponemos hoy de las series indígenas evolucionadas a las que nos referimos.

La cerámica es uno de los elementos que con más vigor retienen las tradiciones indígenas, pero en su estudio hay que tener en cuenta, como dato primordial, que las transformaciones políticas del territorio peninsular no son casi nunca contemporáneas de las transformaciones económicas. Es decir, desde el punto de vista del artesanado, territorios que fueron incorporados al dominio romano a lo largo del siglo II a. C., no sufrieron grandes transformaciones económicas hasta 100 ó 150 años después. En otras palabras, a partir del proceso de conquista romana que se inicia el año 218 a.C. comienza la transformación paulatina de las unidades étnicas hispánicas hasta perder progresivamente sus signos de identidad; pero esas mismas unidades indígenas en transformación siguen inmersas en un sistema económico eminentemente local, en el que las modificaciones no empiezan a verse hasta la segunda mitad del siglo I a.C., cuando los productos aretinos introducen nuevas modas, nuevos precios, etc. Es en ese instante preciso cuando la vajilla indígena se transforma y se adapta a las nuevas exigencias de la demanda (J.M. Abascal 1988, *passim*), pero en ese momento su fabricación ya no se corresponde regionalmente con los *populi* indígenas, porque la sociedad a la que se destinan los productos ya no mantiene esa estructura tradicional.

Eso explica que sea tan difícil identificar un tipo cerámico con una etnia, y que no podamos hablar con propiedad de cerámicas oretanas, contestanas, ilergetas o celtíberas, por poner un ejemplo. Estamos manejando productos que responden a tradiciones indígenas, pero con límites geográficos difusos.

En lo que se refiere a las cerámicas pintadas y a sus autores, la huella de la tradición indígena no es un fósil director, sino tan sólo un fósil, una herencia artesanal que ha dejado de caracterizar a un *populus* o a un conjunto de *populi* para evidenciar el mantenimiento de unas tradiciones cerámicas antiguas en un ambiente geográfico mucho más amplio que el que le correspondía originalmente.

Ese mismo planteamiento permite que una zona comience a interferir seriamente sobre las tradiciones cerámicas de otra, como ocurre, por ejemplo, en el caso de Clunia, que a mediados del siglo I d.C. comienza a producir la conocida cerámica pintada con motivos florales y animalísticos que lleva el nombre de la ciudad (B. Taracena 1931-32, 85 ss.; J. M. Abascal, 1986, 39 ss.); la incorporación de estos elementos no obedece a la fuerza del sustrato regional, sino que se trata, sin duda alguna, de elementos tomados de las últimas producciones del valle del Ebro, pues la cerámica de Clunia, en sus aspectos formales y decorativos, es una cerámica ibérica tamizada por las tipologías itálicas y meseteñas que incorpora las preocupaciones estéticas de la Iberia mediterránea.

Semejante análisis nos lleva a descartar estas producciones clunienses como evidencias de la tradición celtibérica propiamente dicha; el único testimonio que proporcionan es el de la respuesta de los talleres indígenas ante el peso de las importaciones itálicas y sudgálicas; su estética no tiene raíces regionales; su producción es un intento de sostener una actividad local aún a costa de modificar la tradición. La cerámica de Clunia es una cerámica de tradición indígena, pero no la evidencia del indigenismo de sus fabricantes.

Establecida esta premisa, y centrándonos en los ambientes ibéricos, se pueden hacer algunas consideraciones específicas, básicamente relacionadas con la tipología y cronología de los productos, aún a costa de olvidarnos de su filiación étnica.

El momento de contacto entre la vajilla ibérica y el mundo itálico en suelo peninsular lo definen algunos contextos de comienzos del siglo II a.C. Por no abundar en los sobradamente conocidos, citaremos tan sólo un testimonio reciente, la necrópolis del Cigarralejo, cuyo enterramiento 198 (E. Cuadrado 1987, 101, lám. XVIII, fig. 144) proporcionó un *kalathos* con un as romano dentro; el tipo de la pieza, con los característicos elementos de proa de nave y Jano bifronte, asegura la cronología en el tránsito del siglo III al II a.C.

Es evidente que la cultura ibérica se encuentra en esos años en sus máximos niveles de desarrollo, por lo que tales asociaciones son tan sólo el inicio de una cadena evolutiva de la que a nosotros nos interesa el final; es decir, el momento en que la progresiva latinización de los medios indígenas propicia una sustitución de los referentes externos de las culturas ibéricas hasta convertir la cerámica pintada en una excepción dentro del amplio mundo de la vajilla romana.

Ese momento llega a la costa mediterránea peninsular y Andalucía en los últimos momentos del siglo I a.C., por lo que los verdaderos supervivientes a todos estos cambios son los contextos cerámicos datables a partir de época augustea. Aunque el reducido espacio de estas consideraciones no permite plantear la cuestión en detalle, podemos resumir algunas novedades significativas en el mundo de la cerámica pintada que alcanza los tiempos de la dinastía julio-claudia:

1- Reducción del catálogo formal. Los testimonios pintados que rebasan el cambio de Era se reducen tipológicamente al *kalathos*, la urna globular con o sin asas, la jarra de cuerpo globular de la que deriva el olpe y a algunos testimonios de páteras.

2- Reducción del tamaño de las piezas.

3- Simplificación de los motivos decorativos.

4- Tendencia a la ornamentación en frisos, con uso ocasional de metopas.

Los materiales de transición

País Valenciano

La necrópolis denominada del «Fapegal» está situada al costado nororiental del Tossal de Manises, y forma parte de una de las dos áreas funerarias que conocemos a los pies de la antigua ciudad de Lucentum; la primera de ellas es la denominada «necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante», recientemente publicada y, salvo raros testimonios, netamente anterior a la presencia romana (F. Rubio 1986); la segunda contendría tanto los enterramientos del Fapegal como los del próximo «Parque de las Naciones», con ajuares que cubren el cambio de Era y alcanzan la época neroniana.

Los enterramientos del Fapegal han proporcionado 3 piezas de extraordinaria calidad que interesan a nuestro propósito:

a.- La primera (Fig. 11) es una urna idéntica tipológica y decorativamente a los ejemplares conocidos de la Torre Ciega de Cartagena. En lo formal, aunque abundaremos luego en ello, baste decir que M^a M. Ros ha definido el tipo como forma XVI b (M^a M. Ros 1989, 121 ss., fig. 47), probablemente emparentado con formas lisas que M^a J. Almagro ha agrupado en la necrópolis de Baria como tipo III, con presencia en algunos enterramientos de la primera mitad del siglo I d.C. (M^a J. Almagro 1984, 203 s., fig.113). El nuevo ejemplar alicantino procede del enterramiento nº 3, y está datado por dos platos aretinos Goud. 17B y Ritt. 1 (con marca L.F.O.) entre los reinados de Tiberio y Claudio (P. Rosser 1990, 221 y 234).

b.- La segunda pieza es un *kalathos* de tendencia cónica (Fig. 4), formalmente identificable como un tipo tardío, relacionable tipológicamente con otro procedente de la tumba 90 de la necrópolis de la Puerta Norte de Castulo (A. Canto, fig. 4-5, nº 784). Procede del enterramiento 4, y está datado a comienzos del siglo I d.C. por un vaso de paredes finas Mayet XXVIII, un ungüentario fusiforme y una imitación local de plato aretino de borde vuelto.

c.- El tercer ejemplar del Fapegal es una urna de tipo Elche-Archena, con su característica decoración animal en friso central, aparecida en el enterramiento 2; aunque procede de la misma zona, el contexto de la sepultura no garantiza la cronología y, en principio, hay que descartar su datación imperial. Nada impide, sin embargo, llevarla al siglo I a.C.

Murcia

La ciudad de Cartagena ha ofrecido un riquísimo conjunto de cerámica pintada, revalorizado en los últimos años por M^a M. Ros que, a una meticulosa tipología, ha añadido las precisiones cronológicas suficientes para probar el mantenimiento de estos productos a comienzos de la etapa imperial (Fig. 10, 12 y 13).

El punto de partida de sus consideraciones son las urnas de la necrópolis de la Torre Ciega de Cartagena, en donde se conocían ya varias urnas que la autora incluye en sus tablas bajo las formas VIa y XVIb, para las que la cronología alcanza los años centrales del siglo I d.C. (M^a M. Ros 1989, 123). Una y otra formas son diferentes versiones de urnas globulares, más o menos anguladas, similares a las alicantinas del Fapegal, con las que coinciden también en su cronología.

Al mismo período atribuye M^a M. Ros su forma VIII, un cuenco globular de borde en cazoleta, que imita el tipo Mayet 3 de paredes finas (M^a M. Ros 1989, 103); este proceso de imitaciones se observa también en los productos del interior de la Meseta (J.M. Abascal 1986, 107).

Andalucía

En los ambientes andaluces, uno de los conjuntos que el paso de los años nos obliga a revisar es el de la Puerta Norte de Castulo. La necrópolis, excavada entre 1971 y 1972, ofreció un buen número de urnas funerarias pintadas, cuya cronología fue objeto de discusión debido al hallazgo en el área de un numeroso conjunto de moneda tardorromana.

Establecida la datación en época romana de los hallazgos, la duda sobre una fecha antigua para los restos, o una cronología bajoimperial apoyada por la numismática, puede despejarse hoy día por las referencias que otros núcleos ofrecen para el conjunto. Así, algunas urnas de Castulo encuentran sus paralelos en Alicante o Villaricos: las formas globulares pueden vincularse tipológicamente a los hallazgos de la Torre Ciega de Cartagena; el *kalathos* en «U» de tendencia cónica se repite en Alicante, etc. Es probable que todo ello permita confirmar para el conjunto castulonense la datación en la primera mitad del siglo I d.C. que propuso su excavadora (A. Canto 1979, 86).

Las formas pintadas características de la necrópolis de Castulo son 3: la urna globular en sus diferentes variantes, el *kalathos* de boca abierta, y un tipo intermedio entre ambos modelos, y que en consecuencia alterna las paredes casi rectas con la tendencia globular, llegando en ocasiones al cuerpo cilíndrico (Fig. 1 - 3 y 5). Establecer una secuencia cronológica de los tipos citados es, por hoy, imposible.

Productos altoimperiales

Si los datos ofrecidos hasta aquí se refieren mayoritariamente al universo formal de comienzos del siglo I d.C., la prolongación temporal de esas manifestaciones viene dada por los olpes (Fig. 6-9), un tipo que alcanzará extraordinaria difusión en los niveles posteriores a esa fecha en el área alicantina; de los hallazgos conocidos nos hemos ocupado en fecha reciente (J.M. Abascal 1987, 361 ss.).

El olpe pintado que aparece en los niveles altoimperiales de algunos emplazamientos mediterráneos es la adaptación local de una forma de cerámica común romana (E. Llobregat 1969, 366 ss.). En esencia el olpe es una jarra de cuerpo abultado, cuello alto, una o dos asas y borde exvasado, que ofrece un amplio campo central para situar la decoración.

La presencia de elementos metopados en esa zona decorada responde ya a los gustos que impone la cerámica fina romana, del mismo modo que la prolongación del cuello, que en ocasiones es extremadamente estilizado, obedece a las modificaciones formales de las series mediterráneas del siglo II; la evolución del elemento indígena, fuera de la obvia presencia de la decoración pictórica, se evidencia en la estilización de los motivos, en el esquematismo de los trazos, en la reducción del repertorio ornamental. La existencia de motivos decorativos que se repiten en uno y otro vaso contribuye a crear la impresión de que nos hallamos antes series de fabricación, lo que nos acercaría aún más al mundo de la cerámica romana.

Todo este panorama estético y formal no es argumento suficiente por sí solo para datar los olpes; pero contamos con algunas referencias cronológicas seguras ofrecidas por los contextos: en el Tossal de Manises una pieza apareció asociada a *sigillata* clara de la segunda mitad del siglo II d.C., y otra reproduce con precisión un modelo de cerámica común de la misma cronología; el ejemplar de Elda es de la segunda mitad del siglo I d.C.; otro ejemplar ilicitano alcanza el siglo IV, etc. El olpe sobrevive a la desaparición de otros repertorios formales por su funcionalidad, se impone en el mercado después de extinguirse las grandes urnas globulares y los *kalathos* de época julio-claudia, y alcanza sin dificultad el Bajo Imperio.

Al norte del Ebro el mantenimiento de las tradiciones cerámicas indígenas en época imperial es evidente, pero quizá con menor fuerza que en el antiguo solar contestano u oretano. La razón parece estar en el apoyo que significó en los ambientes meridionales mediterráneos el taller de Elche-Archena, que mantuvo hasta el siglo I a.C. una gran vitalidad, dejando ahora de lado el posible mantenimiento de algunos de sus productos hasta fechas más recientes.

Un fragmento pintado de Solsona, procedente de uno de los silos excavados por Serrá Vilaró (1924, 10, fig. 7), no deja lugar a dudas sobre su fecha de composición. Una decoración de círculos concéntricos dentro de casetones metopados convierte la pieza en una imitación de *terra sigillata*, pese a que carezca de evidencias cronológicas.

Información más precisa ofrece el fragmento decorado de la villa de Sentromà (J.M. Abascal 1986, nº 626), que Guitart (1970, nº 11) dató a mediados del siglo II d.C.; su decoración recuerda motivos que figuran también en enclaves de los valles del Ebro y Duero pocos años antes, con buenos paralelos en Arcobriga y Numancia.

Los de Solsona o Sentromà son datos que, por el momento, quedan fuera de un contexto de producción generalizada, circunstancia que se puede hacer extensiva a los escasos testimonios baleáricos (Fig. 14-16). En principio, da la impresión de que salvo el área ilicitana, que generaliza los olpes durante toda la etapa imperial con una cierta homogeneidad, la costa mediterránea está salpicada de pequeños talleres locales que producen un número reducido de piezas pintadas, claramente minoritarias con respecto a la vajilla habitual romana. A lo largo del siglo II d.C., y salvo que se produzcan nuevos descubrimientos, la cerámica pintada de tradición indígena parece algo episódico en el antiguo solar ibérico.

Bibliografía

- J.M. ABASCAL, *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica*. Madrid 1986.
- J.M. ABASCAL, "Olpes pintados de época imperial en la provincia de Alicante", *Saguntum* 21, 1987, 361-377.
- J.M. ABASCAL, "La producción y el comercio de cerámicas pintadas como reflejo de la integración entre lo indígena y lo romano en la Meseta sur", *Actas del I Congr. de Historia de Castilla-La Mancha*. Ciudad Real 1985, Ciudad Real 1988, vol. IV, 125-130.
- M^a J. ALMAGRO, *La necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-1978. Excav. Arq. en España* 129. Madrid 1984.
- A. CANTO, "Necrópolis de la Puerta Norte, campañas de 1971 y 1972", en J.M. BLÁZQUEZ et alii, *Castulo II. Excav. Arq. en España* 105, Madrid 1979, 9-87.
- J. GUITART, "Excavaciones en la zona sudeste de la villa romana de Sentromà (Tiana)", *Pyrenae* 6, 1970, 11-165.
- E. LLOBREGAT, "Datos para el estudio de las cerámicas ibéricas de época imperial romana", *X Congr. Nac. Arq. Mahón 1967*, Zaragoza 1969, 366-378.
- E. LLOBREGAT, *Contestania ibérica*. Alicante 1972.
- M^a M. Ros, *La pervivencia del elemento indígena: la cerámica ibérica. La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio* 1. Murcia 1989.
- P. ROSSER, "Nuevos descubrimientos arqueológicos de época romana en el término municipal de Alicante", en *Historia de la ciudad de Alicante I. Edad Antigua*, Alicante 1990, 189-205.
- F. RUBIO, *La necrópolis ibérica de La Albufereta de Alicante. Academia de Cultura Valenciana, Sección de Prehistoria y Arqueología, Serie arqueológica nº 11*. Valencia 1986.
- J. SERRA VILARÓ, *Estación ibérica, termas romanas y taller de terra sigillata en Solsona. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* 63. Madrid 1924.
- B. TARACENA, "La cerámica de Clunia", *Anuario de Prehistoria Madrileña* 2-3, 1931-32, 85-91.

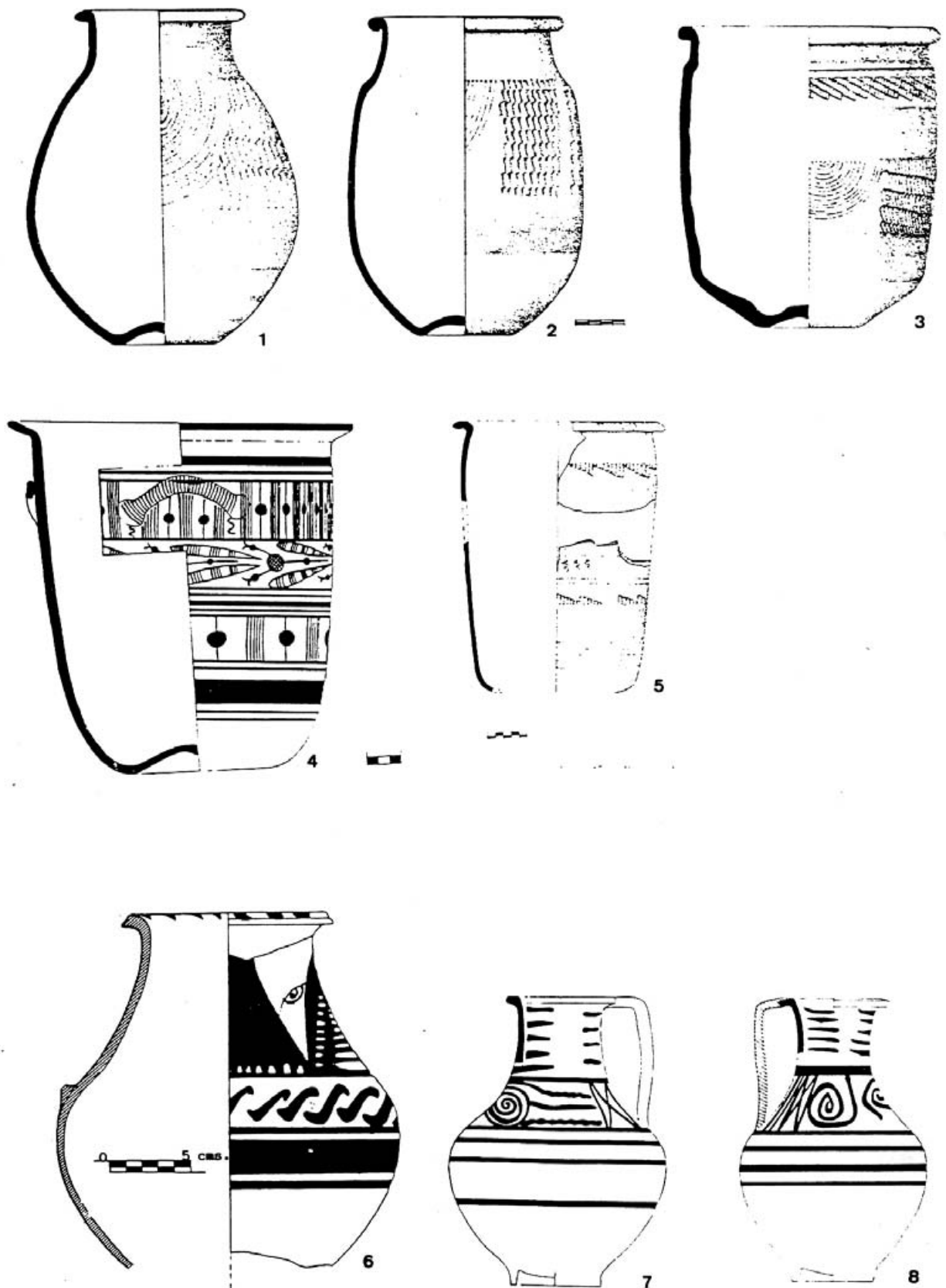


Fig. 1. 1 a 3 y 5, Andalucía; 4, 6 a 8, País Valenciano.

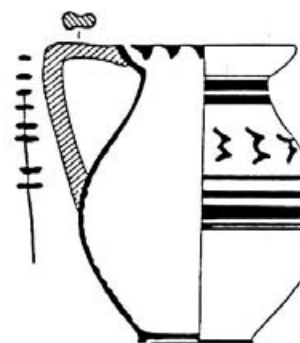
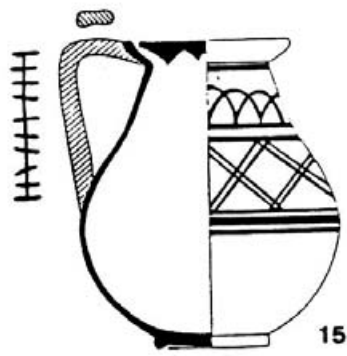
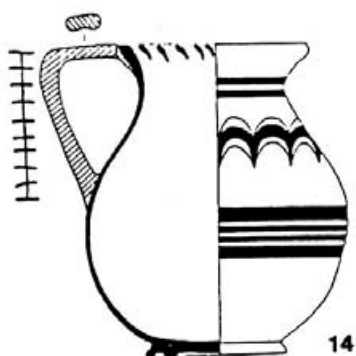
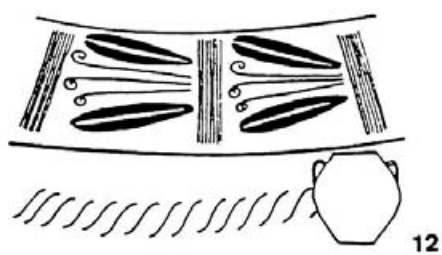
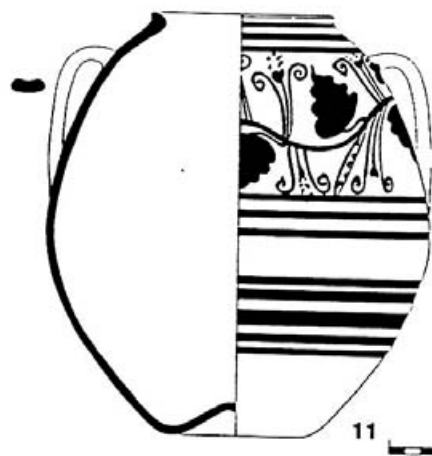
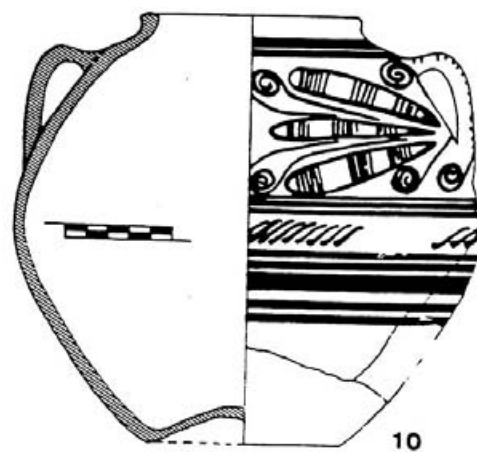
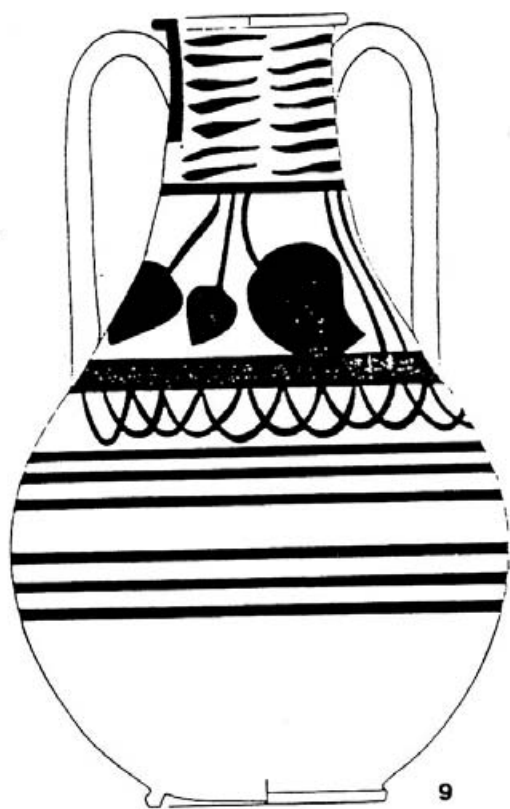


Fig. 2. 9 y 11, País Valenciano; 10, 12 y 13, Murcia; 14 a 16, Baleares.